

La juventud y el futuro

De la violencia que relata la mitología griega, al anarco-nihilismo del punk que niega el futuro, la relación entre juventud y porvenir se ha visto reflejada a lo largo de la historia en innumerables rasgos que casi podrían ser los mismos que también encontramos en cualquier época aislada. En estos veinticinco siglos -o en cada uno de ellos separadamente, por tanto- la juventud ha tenido la oportunidad de matar al padre, de descifrar el vuelo de las aves, de poseer un saber ancestral que se va perdiendo, de mediar entre la vida y la muerte, de representar la belleza y erigirse en modelo físico para cualquier edad, de emprender viajes sin destino claro, de soñar, de enamorarse y de ver cómo le prohibían el amor, de probar narcóticos y vivir épocas en las que la obligaban a tomarlos en una perversa versión de la educación, de protagonizar tanto utopías como pesadillas imaginadas por quienes invariablemente ven el mal en un tiempo que vendrá, y de ser comparada, en fin, con el universo entero... De todo ha tenido la oportunidad la juventud. Y quizá todo eso lo cambiaría porque de ella no se tomara solo la apariencia. Porque de ella recibiríamos el testigo que nos ha venido a entregar.

Palabras clave: Violencia, rebeldía, intuición, inteligencia, inmortalidad, belleza, aventura, despreocupación, sueño, educación, amor, narcótico, distopía, inverso, nihilismo.

De acuerdo con la mitología griega podemos fácilmente establecer que la relación que ha mantenido la juventud con el futuro desde tiempos inmemoriales -desde los propios tiempos de la creación del mundo- ha sido una relación eminentemente violenta. Si utilizamos el punto de vista literario al que nos faculta ese enfoque mitológico, cabe afirmar que el futuro, como no podía ser de otra forma, y según expresamos en un trabajo anterior (Paniagua, 2012), nace con el tiempo, Cronos, cuando su madre, Gea, le vaticina que será derrocado por un hijo suyo. Él, después de todo, había hecho lo mismo con su padre, Urano, al segarle con una hoz los genitales y arrojarlos al mar formando una espuma de la que nació Afrodita. Cuenta Hesíodo en su *Teogonía* (2010) que este dios o titán del tiempo era astuto y temible, y que para escapar del futuro devoraba a sus hijos uno a uno según nacían, hasta que su esposa, Rea, le ocultó al sexto, el pequeño Zeus, y le puso en su lugar una piedra envuelta en trapos que el voraz padre tragó sin advertir el engaño. Zeus permaneció oculto en una cueva en la isla de Creta y fue amamantado por la cabra Amaltea, mientras soldados enviados por Gea le custodiaban y hacían ruido de lanzas cuando el niño lloraba para que el llanto no delatara el escondite. Cuando Zeus creció Gea le hizo devolver a Cronos lo comido empezando por la piedra y tras ella los cíclopes y gigantes, sus hermanos, quienes se unieron a Zeus para vencer a su padre. El destino inevitable, siempre presente en la tragedia griega, es particularmente significativo en este caso por cuanto es el propio tiempo el que está sujeto a él. Es un dios cruel quien va devorando instantes hasta que llega el futuro anticipado por Gea. La juventud en este caso estaría unida a la rebeldía que se le supone a la edad y a una defensa de la madre traducida en la muerte del padre.

En la mitología latina, por el contrario, una juventud temprana, infancia todavía, no iba a mantener una relación violenta con el futuro sino a inaugurar el mito de las aves como buen presagio, un mito que veremos en otras culturas y que se trasladaría a América de la mano de los descubridores. Cuando Ró-

mulo le mostró a Remo las doce águilas que volaban en dirección al monte Palatino, sintió en ese mismo instante que aquello era un augurio favorable para fundar allí mismo la ciudad a la que llamarían Roma. Esto ocurría, si damos crédito a la fundación mitológica de la urbe, alrededor del siglo VIII a.C. (Cronos en Grecia ya había nacido). Aunque estemos hablando de mitología, se suelen admitir como fechas históricas ciertas, pero aproximadas, las de la fundación de Roma (alrededor del 753 a.C.) y la de la escritura de la *Teogonía*; esta última se produjo entre los siglos VIII y VII a.C., pero se refería a dioses creados de forma oral mucho antes. De Roma, por otra parte, podemos decir -si se nos permite una rápida digresión- que en cierta forma también tendrá que ver con el espacio exterior en tanto que exportó el mito, pues Rómulo, como su hermano Remo, era hijo del dios Marte del que el planeta tomó el nombre. Cada una de esas águilas que vio Rómulo sería una década de prosperidad para el imperio que en ese instante nacía. Sin embargo el presagio favorable se acabaría convirtiendo en temor para los romanos, pues cada ciento veinte años sentían que se acababa *su* mundo (que era tanto como decir *el* mundo). Finalmente se convencieron de que el buen augurio que las aves habían pronosticado correspondía a un siglo por cada una de ellas, de forma que el periodo favorable, lo que duró el imperio, fue de mil doscientos años. Rómulo, por cierto, procedía directamente de Saturno, el dios del tiempo latino, por lo que podemos decir que Grecia y Roma en realidad estaban hablando de un mismo pasado y, por tanto, de un mismo futuro.

Violencia, rebeldía, intuición para captar los buenos augurios... Pero va a haber más, mucho más, en las culturas clásicas, a propósito de la unión entre la juventud y el futuro, como fuerzas que avanzarán inseparablemente entrelazadas. Después de todo, de forma natural, asociamos el futuro a lo nuevo, a lo que está por venir, a algo parecido a aquella luz no usada que veía Fray Luis, en tanto que el pasado se nos antoja antiguo, viejo, propio de una edad más avanzada, ciertamente, que la que representa la juventud. Si tomamos la máxima socrática de “aprender es recordar” en un sentido en el que identifiquemos, como parece lógico, el aprendizaje con la edad en la que se es más proclive a aprender, la juventud queda convertida en una especie de depositaria de un saber ancestral. Cuanto más aprendemos más recordamos y más cerca estamos de la primera vez que supimos. La juventud, por tanto, deviene así en una etapa de la vida en que el saber, como el intelecto, está fresco, no deteriorado aún por el paso de los años. Sócrates, que fue condenado a tomar la cicuta por corromper a la juventud (1), entre otros cargos, soñó tres días antes de morir con una hembra de “eximia” hermosura -según recoge Cicerón (1999: 89-90)- que le adelantaba el final. Pero era un final plácido, sereno, lúcido. Si aprender es recordar, nuestra alma tiene que haber existido antes. Por tanto, tiene que existir también después de la muerte. De ahí su paz ante el anuncio de la bella dama. Y de ahí -lo que para nosotros ahora es más relevante- la fuerza de la inteligencia en la juventud (2).

También Homero verá entrelazado su propio final con esa edad temprana de la humanidad. En una visita a Delfos, el oráculo le advirtió que moriría en Íos, patria de su madre, y que se debía guardar del “enigma de los jovencitos”. Pasados los años, ya anciano, sentado a la orilla del mar en esa ciudad, se dirigió a unos niños que volvían de pescar preguntándoles si había habido suerte. Los jóvenes pescadores le respondieron, según relata Hesíodo (2010:152): “Cuanto cogimos abandonamos y cuanto no logramos coger llevamos”. Al no entenderles, Homero les preguntó qué querían decir y los niños contestaron que no habían pescado nada y que se habían dedicado a quitarse los piojos. Por eso, los que cogieron abandonaron, y los que no, con ellos los llevaban. El poeta se acordó entonces del oráculo y compuso allí mismo el epigrama de su tumba. Al levantarse se resbaló con el barro y se dañó un costado. Murió a los tres días. Los mismos exactamente que tardó Sócrates en morir desde el momento en que le fue anunciada su muerte en el sueño. En ambos cabe apreciar ese componente de sabiduría propio de la juventud. En el filósofo, en esa capacidad propia de una edad propicia para aprender. En Homero, a través de un enigma que le superó y que fue enunciado por quienes no poseían su cultura,

(1) No va a ser Sócrates el único sabio condenado por corromper a la juventud, desde luego. André Gide (2013:190), por citar un caso relativamente reciente, separado del griego por veinticinco siglos, será acusado de lo mismo en Francia por Henri Masís.

(2) Gide (2013:260), al igual que Sócrates, reconocerá en la edad temprana ese saber ancestral del que hablamos: “Más aún que la belleza, la juventud me atrae, y de modo irresistible. Creo que la verdad está en ella; creo que siempre tiene razón contra nosotros. Creo que, lejos de intentar instruirlos, es en ella donde nosotros, los mayores, debemos buscar instrucción”. Y añade: “... a menudo, intentando preservar la juventud la impedimos. Creo que cada generación nueva llega cargada de un mensaje y debe entregarlo; nuestro papel es ayudarla a que lo entregue. Creo que lo que se llama “experiencia” no es a menudo más que fatiga inconfesada, resignación, sinsabor”.

su experiencia, ni su genio, pero sí en cambio ese saber natural.

Pero la juventud, con el correr de los siglos, iba a unir a su saber innato una cualidad muy superior: nada menos que el don de conceder la inmortalidad. O para ser más exactos, el don de actuar de mediadora entre la vida y la muerte. En un pasaje literario de *Cyrano de Bergerac* (1991:86) se apuñala a un moribundo en el corazón y sus allegados beben su sangre hasta que no pueden más. Al cabo de cuatro o cinco horas se van a la cama con una muchacha “de dieciséis o diecisiete años” y durante tres o cuatro días “que pasan gustando de las delicias del amor, no se alimentan más que de la carne del muerto, que se les hace comer completamente cruda a fin de que, si de aquellos abrazos naciera algo, se sientan seguros de que es como si su amigo reviviera”. La edad de la mediadora no es un dato ocioso en el alucinado *Viaje a la Luna* de Cyrano pues la pureza que se le presupone a la juventud es una cualidad imprescindible para garantizar el proceso de transustanciación del alma a través de la sangre. Si nos fijamos, ninguno de los rasgos vistos hasta ahora, asociados a la juventud en su relación con el futuro, permanece aislado. La pureza ciertamente, desde un punto de vista ético, se puede asociar a la honestidad que es necesaria para que la rebeldía sea legítima. También, a cierta ingenuidad que actúa como condición *sine qua non* para que la intuición triunfe. Ésta a su vez constituye un ingrediente imprescindible en el tipo de inteligencia propio de un saber ancestral no siempre adquirido de forma totalmente voluntaria y consciente.

Nos falta la belleza, claro. Y la androginia asociada a ella en la edad que estamos tratando. Aunque quizá no nos falte si pensamos en que para Sócrates los términos “bellos”, “jovencitos” y “amor” eran indisolubles. En cualquier caso, un episodio en el que la androginia va a derivar en transexualidad lo constituye la descripción que hace Luciano de Samósata de los selenitas en su *Historia verdadera* (2008). De ellos dice que los hombres hacen de esposas hasta los veinticinco años, y a partir de entonces ejercen como maridos. El desvarío de una historia en la que los embarazos se producen en las pantorritas y no en los vientres, o en la que las personas pueden nacer de los árboles, una vez plantada la correspondiente semilla, no nos debe hacer olvidar el carácter andrógino al que nos referíamos. En la cultura clásica más que de homosexualidad o heterosexualidad referidas a la juventud cabría hablar de un amor en el que ambos términos se diluyen para volver a adquirir sus contornos una vez pasada esa edad. Por eso la fantasía de Luciano no es tal en un plano conceptual aunque, obviamente, lo sea en el físico. En la lunática sociedad del de Samósata, en la que no se dan esposos jóvenes ni esposas viejas, la existencia de un único sexo ideal no hace sino anticipar en veinte siglos reivindicaciones reales de colectivos que han llegado en nuestros días, lo cual no es de extrañar si pensamos en que el propio Luciano también fue un claro anticipador de la ciencia ficción y de los viajes espaciales que en ella aparecen (3).

Como fruto del amor por la aventura, ligada también a cierta ingenuidad y a la fuerza de una intuición poderosa, cabe citar el momento en el que el joven Pym, ya casi en nuestros días, decide embarcarse como polizón en un barco que le llevará a tierras exóticas y desconocidas (Poe, 2008). Su actitud, despreocupada y alegre, es la misma que encontramos en algunos viajeros del mismo Luciano o de Melville. Curiosamente, su punto de embarque será el mismo que el del protagonista de *Moby Dick*, el puerto norteamericano de Nantucket. Pero por mucho que el ansia de aventura, la despreocupación y la alegría puedan ser rasgos propios de la juventud (como lo pueden ser la tristeza o la atracción por el misterio, que en seguida veremos), todavía nos falta proyectar esas características hacia el futuro. La forma en que este aparece en la *Narración de Arthur Gordon Pym* va ser implícita pues se trata, en principio, de una novela de aventuras sin ninguna referencia explícita a ningún tiempo que no sea el de su publicación; es decir, su presente. Pero aquí ocurre lo que en tantas otras obras con respecto a un porvenir probable o por lo menos posible: que el futuro está planteado desde el momento en que la ficción preten-

(3)
Y no solo la ciencia ficción y de los viajes espaciales. Sánchez Ferlosio (*El País*, 7.8.2010) señala que Luciano de Samósata “menciona ya, con veinte siglos de anticipación, la mayoría de los tópicos y gratuidades (...) del deporte”.

de ir más allá de los conocimientos que se tienen en una época determinada. Antes de Poe ha ocurrido en Plutarco, en Luciano, en Voltaire... Y pasará a lo largo de todo el siglo XIX, y el XX. Y en el nuestro, por supuesto. En eso precisamente consiste la novela de anticipación, sin perjuicio de que en muchas de sus obras el futuro aparezca con sus fechas de forma explícita. Lo de Poe, sin ser ciencia ficción, plantea, más allá de sus aparentemente inocuas aventuras, todo un universo en el que encontramos, además, exploración geográfica y enigmas que bien podríamos llamar sobrenaturales. La utilidad de esta obra para nuestro propósito se deriva de la visión que en la época se tenía de una tierra, el Polo Sur, cuyo descubrimiento solo podía llegar, obviamente, en el futuro, pues aún estamos en el siglo XIX.

En *Pym*, además, vamos a encontrar, como decíamos, esos otros rasgos que, si bien no son exclusivos de ninguna edad, quizá se puedan hallar de forma agudizada en algunas personas jóvenes. Nos referimos a cierto tipo de tristeza asociada a la incompreensión y a la atracción por el misterio en tanto que elemento desconocido. Esta última característica cabría verla como una derivación -no siempre indeseable, por supuesto- de una sana e insaciable curiosidad innata. Ciertos elementos intangibles de la novela hacen que podamos hablar de que un destino fatal está presente desde el comienzo, a pesar de la aparente despreocupación con la que el protagonista decide iniciar su viaje. Si decíamos antes que Poe y Melville van a coincidir en el arranque, ahora podemos añadir que sus obras van a guardar también cierta relación desde el momento en que en las dos asistimos a un triste desenlace. Con todo, lo que nos interesa del final de la narración de Poe es su progresiva incursión en un terreno desconocido para la geografía y casi también para la conciencia.

Cortázar, autor de la traducción y del prólogo de la edición de Alianza que hemos seguido, se refiere, en relación con esos elementos inconcretos de los que hablábamos, a "una corriente subterránea evasiva y extraña, un trasfondo que cabría considerar alegórico o simbólico de no tener presente la tendencia contraria del autor, y sus explícitas referencias en este sentido" (Poe, 2008:7). Por supuesto, no vamos a contradecir a Poe. (Él negó el carácter alegórico o simbólico del relato). Pero esa negativa quizá no esté reñida con la corriente a la que alude Cortázar, presente en ésta como en tantas otras obras, que nos permitiría hablar de un futuro subterráneo, un futuro que se va fraguando de forma invisible para los protagonistas de la novela, y quizá también para el propio lector que sólo alcanzaría a percibirlo de forma inconsciente. Cabe considerar que hay consenso si hablamos de que el futuro es en la juventud cuando se va fraguando.

De todas formas, con ser verdad tanto la corriente subterránea que acompaña al libro desde el principio como el simbólico final, hay datos explícitos que hablan a las claras de lo que lo anterior expresa de forma oculta. Para empezar Pym, el despreocupado protagonista, ve cómo sus ansias de aventura se convierten desde el primer día, al tener que viajar como polizón, en un encierro en el que, por diversas causas que suceden en el resto del barco, debe permanecer varios días sin luz, sin comida, sin agua, sin penas moverse y respirando un tóxico aceite rancio de pescado que le hace estar inconsciente durante buena parte de la travesía. Con todo, el pesimismo no hace mella en él y los hechos penosos son vívidos como simples escollos que hay que salvar en la gran aventura que es el viaje. Entre tanto, pese a estar en numerosas ocasiones al borde de una muerte casi segura, cualquier ocasión le parece buena para celebrar el optimismo. Para celebrarlo incluso de cara al futuro. Cuando Pym y tres supervivientes más se encuentran rastreado el barco, en el que ha perecido toda la tripulación, en busca de víveres y nuestro protagonista encuentra de pronto un hacha, el hallazgo es considerado de forma eufórica como un "buen augurio" para su salvación final (Poe, 2008:131). El magistral procedimiento narrativo de Poe hace que el futuro descorazonador, que es el auténtico, el que se acaba imponiendo, permanezca de forma subterránea e implícita, en tanto que el feliz, que es anecdótico, sea explícito. ¿No puede ser acaso propio de la juventud celebrar ciertos momentos aparentemente nimios

con optimismo y despreocupación, mientras situaciones tormentosas pueden estar produciéndose alrededor?

El siguiente ejemplo nos va a llevar nada menos que al año 802701. A él Wells va hacer viajar en su *Máquina del tiempo* a su protagonista para encontrar a la joven Weena, una criatura cándida de la especie de los *eloi* en un mundo en el que ha desaparecido todo vestigio de compasión. La ingenuidad que antes asociábamos a la intuición, por tanto, parece ser de las pocas rasgos de personalidad que no han desaparecido en esa población alelada que sobrevive mientras no es cazada por los malvados *morlocks* que habitan el subsuelo. Los *eloi*, descendientes de la clase dominante humana, en tanto que los *morlocks* lo son del proletariado, son asexuados y de su mundo ha desaparecido la publicidad, el tráfico, el comercio... lo que les hace vivir en una especie de paraíso. (En su sexualidad, o en la falta de ella, cabría ver un reflejo deformado del mundo disparatado de Luciano). Pero la impresión del paraíso no va a durar mucho. En seguida el protagonista se topa con un suceso que le va dar la verdadera dimensión de los *eloi*. La joven Weena se encariña con él y le sigue a todas partes. En un momento dado está a punto de morir ahogada en un río y, pese a sus gritos, absolutamente nadie acude a socorrerla. Nuestro hombre la salva y gracias a eso se hacen inseparables; más, si cabe, pues el sentimiento de gratitud sí lo conserva esta extraña especie, o por lo menos esa pequeña integrante. En otro momento en el que el viajero del tiempo se detiene a reflexionar recuerda que cuando inició el viaje supuso que todas las personas que se encontrara en el futuro tendrían que ser por fuerza superiores a él y a sus contemporáneos. Sin embargo se decepciona rápido. Al mundo aparentemente idílico del principio, pero insulso y exento de verdadera vida, se le une hora la ausencia total de piedad, que no es crueldad, sino total indiferencia. Lejos de lo que esperaba nuestro viajero, la humanidad no ha ido a mejor sino que ha dado paso a una especie inocente y aterrada ante sus vecinos de abajo y a otra terriblemente sanguinaria, ambas incapaces de ningún tipo de progreso científico o artístico. La única que se salva en cierto modo de ambas parece ser la joven Weena, depositaria del último resquicio de humanidad que habita sobre la tierra.

Ya en el siglo XX (*La máquina* es de 1895) Dunne va a otorgar a la juventud la capacidad de soñar el futuro. Y no hablamos ahora en sentido literario, sino de forma totalmente científica. En su *Experimento con el tiempo*, obra que demuestra empíricamente la posibilidad de conocer el futuro, elige para sus pruebas individuos de entre 18 y 34 años porque considera que son ellos quienes con más facilidad pueden soñar con hechos que tengan que ver con el porvenir, en tanto que las personas de más edad es más probable que lo hagan con el pasado. El punto de partida de este científico inglés -ingeniero aeronáutico a quien debemos el diseño de varios modelos de aviones- se sitúa en la coexistencia de pasado, presente y futuro. Para que el futuro no nos sorprenda es bueno dormir, dice Dunne (2008:194). Y soñar, por supuesto. Lo soñado se debe corroborar en la vigilia primero en un periodo de quince días que luego ampliará a dos meses y medio. Pese a que él anda ya por los 56 años, como soñante es un chaval, prueba de su interés por lo nuevo, y bate a todos sus *conejillos*/contrincantes, a todos menos a uno; una, para ser exactos. Pocos acaban el experimento porque, pese a lo que pueda parecer, es agotador. Los voluntarios se ven expuestos a un stress por soñar y no olvidar que hace que no logren dormir bien y la mayoría abandona entre el cuarto y el quinto día. Los mejores resultados se obtienen entre la 8ª y la 15ª noche. Ahí es donde sueña un avión que luego olvidará y más tarde acabará diseñando. Y el aparato acabará volando. Y ahí es también donde sueña con gente que a su vez sueña el futuro, como le ocurre con su propio suegro. Al final los datos le dan la razón: De los 88 sueños registrados, trece tienen un parecido "bueno" o "moderado" con el pasado, y once lo tienen con el futuro. Dormidos, viajamos casi igual hacia adelante que hacia atrás. Sin embargo, si añadimos los sueños que un exceso de celo científico califica de "indiferentes", la victoria es para el futuro por un 14-20. Esto no es lo que Dunne querría, pero para nuestro propósito es más significativo.

En *Un mundo feliz*, donde Huxley nos presenta un futuro presidido por los narcóticos y la eugenesia, el científico de la primera escena del libro enseña sus laboratorios genéticos a un grupo de estudiantes en lo que podríamos considerar una imagen perversa de la importancia de la educación en la juventud. Esta perversión se manifiesta, por ejemplo, al recordar jocosamente la cantidad de individuos que tuvo que *fabricar* tras las muertes que provocó el “último terremoto de Japón”: “¡Si supieran ustedes -les dice a los alumnos- la cantidad de horas extra que tuve que emplear!” (Huxley, 2010:26). La fecundación y gestación *in vitro* y la tecnología reproductiva es lo habitual en este mundo *feliz*; el sexo, la clase social y el oficio de los ciudadanos están planificados antes de nacer. Nuestro científico se emociona ante la visión de veinte futuros mellizos que trabajarán en una fábrica ante veinte máquinas idénticas. Todos están programados para un cometido determinado y acondicionados mediante hipnopedia después de nacer, de forma que no pueda darse frustración ni, por tanto, rebelión. Es curioso cómo en este panorama futurista, en el que la mera apariencia de vejez espanta, la primera característica de la juventud, la rebeldía -según vimos, desde los tiempos de Cronos- se ve de esta forma cercenada. Si decíamos que el mundo que nos presenta Huxley supone una imagen perversa de la educación, también es cierto que supone una imagen perversa de la propia juventud pues toma de ella solo la apariencia.

No cabe duda de que Huxley anticipó la ingeniería genética y la cirugía estética. Una de las pocas descripciones físicas que en el libro se hacen de nuestro científico es que sería muy difícil calcularle la edad (2010:20-21). La senilidad es un proceso demasiado rápido y no hay tiempo para que los efectos aparezcan en el rostro (2010:200). Sin duda las palabras de Argullol (2005:613) en su *Enciclopedia del crepúsculo*, referidas al final del siglo pasado, siguen perfectamente vigentes una década después y marcan la diferencia con respecto al final del siglo anterior: “A la utopía social le ha sucedido la utopía biológica. La multitud, cuando espera algo, espera más de los productores de fármacos o de los genios del bisturí que de sus antiguos seductores” (4).

En el futuro *feliz* la rebeldía es solo patrimonio de un reducido grupo de salvajes -los únicos gestados y nacidos de forma natural- que viven aislados en reservas para no contaminar a una población eternamente joven pero dócil. Otra manifestación más de su educación perversa radica en la hipnopedia, como decíamos. Esta técnica consiste en una repetición insistente de consignas durante el sueño que van calando en la conciencia del sujeto durante el período de formación. Estas repeticiones pueden llegar a cien diarias durante tres noches a la semana y durante cuatro años, lo que eleva la suma a más de sesenta mil (2010:61). Las consignas están encaminadas a inocular en los individuos las bondades del sistema. Se repiten frase tales como: “Todo el mundo es feliz” (2010:90), “Todo el mundo pertenece a todo el mundo”...

El consumismo, desgraciadamente, sí que tiene un papel fundamental en nuestra sociedad actual. En eso *Un mundo...* acertó. La población está obligada a consumir un tanto mínimo al año por el bien del sistema (Huxley, 2010:63). Se prohíbe coser la ropa, por ejemplo, para fomentar la producción; y el hábito se favorece mediante un interminable murmullo que dice: “me gustan los vestidos nuevos, los viejos son feísimos, tirarlos es mejor que remendarlos”. Se fomenta que las clases inferiores acudan a espectáculos o a practicar deportes los fines de semana lo suficientemente alejados de sus casas como para que tengan que coger el coche, pero no se fomenta que vayan al campo porque ahí no se consume. El Estado no aprueba ningún juego que no exija al menos tantos aparatos como el más sofisticado de los ya existentes. Se fomenta la convivencia; la soledad está mal vista. Los individuos de clases superiores utilizan el helicóptero para cualquier desplazamiento (2010:76). Para ello han escuchado infinitas veces la consigna correspondiente: “me gusta volar”. El cine se denomina “sensorama” y los

(4)

Antes del fin del siglo XX, ya en 1972 encontramos en Capote la misma queja: “...me parece absurda y bastante obscena esta industria médica y cosmética basada en el deseo de mantenerse joven, en el terror a la vejez y la muerte. ¿Quién demonios quiere vivir para siempre?” (“Autorretrato”, en *Babelia*, El País, 19.6.1999, p. 9).

reposabrazos proporcionan sensaciones táctiles de la película. La fidelidad es tal que se puede apreciar cada pelo de una alfombra de oso sobre la que una pareja hace el amor (2010:49-50). Los argumentos de las películas, por supuesto, están también encaminados a educar continuamente a la población. Aquí no se piensa, no se disiente; simplemente se es *feliz*.

Una de las prácticas que contribuyen a esa felicidad es el amor libre, inducido por hipnopedia desde la más tierna infancia. En la larga escena del principio que sirve como presentación de la nueva sociedad, un niño de siete años es sorprendido con una niña de ocho entregado a un rudimentario juego sexual entre unos arbustos. El comentario que le merece al director del centro es “encantador” (Huxley, 2010:46-48). A partir de esa edad, el mantra “todo el mundo pertenece a todo el mundo” lo han oído dormidos miles de veces. Las relaciones prolongadas con la misma persona están mal vistas (2010:55), lo mismo que el amor. Sin embargo, la “neumática” (5) Lenina, una de las protagonistas, sentirá algo parecido a amor por un salvaje, aunque su cerebro no lo entenderá muy bien. Ese sentimiento puede ser causa de una visita al psicólogo como claro síntoma de trastorno mental. Lo cual prueba que la locura de amor, y la atracción por la rebeldía, es difícil de extirpar incluso en individuos creados artificialmente en un laboratorio y programados para lo contrario.

La cuestión de las drogas, que sin duda afecta a la juventud de cualquier país desde hace al menos medio siglo, es tratada aquí, al igual que la educación, también desde una óptica perversa, pues en su uso generalizado se cifran en buena medida las esperanzas de felicidad de esta sociedad del futuro. Existe el chicle de hormonas sexuales (Huxley, 2010:76), la escopolamina y el omnipresente soma que todo el mundo consume prácticamente a diario. A las clases bajas, *epsilones* y demás, se les da al finalizar el trabajo junto con el billete de metro. Las altas lo pueden tomar plácidamente a bordo de su helicóptero, mientras se dirigen a su partido de golf, o en un cohete de viaje a California (2010:77). Sirve prácticamente para todo: para aliviar el dolor o la depresión, para divertirse, para bailar, para tomarse unas vacaciones sin moverse del sitio... incluso como sustituto de la religión. El soma tiene, en efecto, “todas las ventajas del cristianismo y alcohol y ninguna de sus desventajas” (2010:68). Las terribles resacas de peyote o bebida que Linda, la madre del salvaje del que se enamora Lenina, tiene que soportar en la reserva le hacen añorar el soma que ella conoció en la sociedad *feliz*. Cuando por fin vuelve a ella su único deseo es tomarlo hasta que se harta y muere hospitalizada en ese narcofuturo que vaticina Huxley. En una especie de oficio religioso que aparece en la novela, el presidente hace la señal de la “T” (en honor del célebre coche de Ford) y los asistentes toman tabletas de soma consagradas. “Cada una de nuestras vacaciones de soma -explican- es un poco de lo que nuestros antepasados llamaban eternidad” (Huxley, 2010:160). Esos antepasados eran realmente *salvajes* pues, aparte de alcohol, tomaban otras drogas perniciosas como la cocaína o la heroína. Sin embargo, con el bendito soma todo son ventajas. Empezando porque es barato e inacabable. Por supuesto se trata de un producto sintético, con lo que aquí el libro estaría adelantándose a las drogas actuales de diseño. O no tan actuales, si pensamos que el LSD se sintetizó por primera vez en la década de los cincuenta del siglo pasado. Gracias a los maravillosos efectos que provoca el soma en los asistentes a la curiosa misa descrita, los ojos brillan, las mejillas arden y “la luz interior de la benevolencia universal asoma a todos los rostros en forma de sonrisas felices, amistosas”. En las vacaciones de soma que disfruta Linda sin moverse de la cama antes de morir, con toda serie de comodidades y el grifo del perfume goteando, los efectos le llevan al paroxismo y al recuerdo erótico de su novio salvaje:

“...estaba en algún otro mundo, donde la música de la radio era un laberinto de colores sonoros, un laberinto palpitante, deslizante que conducía a través de unos recodos inevitables y hermosos a un mundo brillante de convicción absoluta; un mundo en el cual las imágenes danzantes de la

(5) Como se ve, el calificativo que destaca los atributos físicos de la mujer en nada se diferencia del que podría servir para ensalzar los de cualquier objeto industrial.

televisión eran los actores de un sensorama cantado, indescriptiblemente delicioso; donde el perfume era algo más que un perfume: era el sol, era un millón de saxofones, era Popé haciendo el amor, y mucho más.” (Huxley, 2010:161).

Este uso universal de estupefacientes es un elemento fijo en la obra de Huxley, ya presente, por ejemplo en *La isla*. Si en *Un mundo...* se utilizan para controlar a las masas, en *La isla* suponen una vía de iluminación y descubrimiento de uno mismo. En *Las puertas de la percepción*, título que sirvió de inspiración a *The Doors* de Jim Morrison en los ácidos años sesenta, Huxley relata sus experiencias con la mescalina. Con todo, el uso del soma tampoco es un invento de Huxley. Algunos autores identifican la droga con la *Amanita muscaria*, hongo alucinógeno y sagrado, de color rojo brillante con manchas blancas, presente en las prácticas chamanísticas desde tiempos inmemoriales. Según recoge Bloom en *Presagios del milenio*, el soma está presente en el origen del hinduismo y su uso se describe en el *Rig Veda* de La India, en el siglo XV a.C. Este hongo se podía consumir también en forma de licor. Aumentaba la fuerza y lo curaba prácticamente todo (6). Seguramente en el mundo feliz de Huxley supieron despojar a la droga sus indeseables efectos secundarios. Lo que no supieron en su esplendor artificial es invertir la tendencia ya descrita por su abuelo Thomas Huxley según la cual la evolución no es infinita; habrá declinación después del ascenso. Se trata –dice Borges– de una hipótesis lóbrega que podría ser de Aldous. Efectivamente; quizá esa declinación no se encuentre en el dolor, ni en la enfermedad, ni la vejez, ni en la pobreza... ni siquiera en la muerte. Quizá se encuentre más en esa *felicidad* vacua vaticinada por Huxley.

Recientemente, en la estela no solo de Huxley, sino también en la de Orwell y en la del precursor de ambos, Zamiatin, parece haberse puesto de moda la novela distópica para adolescentes según atestigua *Juntos*, de Ally Condie (2011). El libro, calificado como “atracción del momento”, actualiza a Orwell (*El País*, 11.6.2011). De forma indirecta, ya que todo vuelve, también a Nietzsche. En la misma línea de ficción antiutópica, recientemente ha visto la luz en España *Kallosaina*, escrita en 1940 por la autora sueca Karin Boye (2012). Aunque, entre medias, claro, ha habido otros clásicos de ficción distópica que no podemos olvidar y que cuentan también con un hondo significado para lo que estamos tratando. La juventud en *Fahrenheit 451*, por ejemplo, ya está presente en uno de los momentos más bellos que ha dado la literatura, y el cine, del siglo pasado. Esta novela de Bradbury, llevada a la pantalla por Truffaut en 1966, nos presenta un futuro en el que los libros son perseguidos y quemados, y sus poseedores encarcelados. Las referencias literarias empiezan en el propio título, temperatura a la que el papel empieza a arder. Y continúan en una amplísima lista de obras y autores. Continuamente vemos entre las llamas los nombres de Schopenhauer, Tolstoi, Kafka, Benet, Cocteau... Un grupo de rebeldes decide irse a vivir a lugares apartados. Cada uno se aprende un libro de memoria, y se convierte en ese libro con el fin de que la cultura no desaparezca para siempre. Oímos que uno de estos rebeldes se comió una obra para que los bomberos –que, paradójicamente, son los encargados de su destrucción– no pudieran quemarla. Vemos cómo el protagonista al ingresar en el grupo de los disidentes se convierte en *Cuentos de misterio e imaginación*, de Poe precisamente. Y al final, mientras nieva en el bosque, observamos a un anciano moribundo enseñando a su sobrino *El Weir de Hermiston* de Stevenson que el joven repite sin cesar y a toda prisa en el lecho de muerte. Entre las frases que va memorizando hay una que dice que está empezando a nevar, en otro guiño que mezcla realidad y ficción, o una ficción dentro de otra, para ser más exactos. Cuando el pequeño recitador se ha aprendido el libro el tío muere tranquilo entre los copos que van cayendo. Sin duda, el papel de la educación en la juventud recibe aquí un tratamiento radicalmente distinto del visto en Huxley y en otros futuros menos aleccionadores.

(6)
La primera referencia al soma procede de la cultura indio aria, en 1700 a. C., donde consistía en una bebida alucinógena que producía *inmortalidad provisional* y era ofrecida a los dioses.

Pero el mundo de la literatura, como la vida, tiene de todo, y en su alternancia nos va ofrecer otras obras futuristas del propio Bradbury en las que la juventud va a volver a una condición artificial mucho más deprimente que la de Huxley. En *Crónicas marcianas* hay un episodio en el que la detención del deterioro físico no se va a traducir en cirugía estética, sino simple y llanamente en robótica. Bradbury consigue asumir en su obra a *Frankenstein* y revertirlo haciendo que uno de sus personajes, que ha perdido a toda su familia en el planeta rojo, construya para reemplazarla unos seres nobles, bellos, graciosos, cálidos... sólo distinguibles de los humanos en su incapacidad para llorar y para envejecer. Y más aterradora que esa incapacidad para envejecer es la diabólica perfección de su apariencia humana. Por muy inteligente que fuera su constructor, parece difícil la empresa para nuestros días. Aunque la ficción transcurre en el año 2026, la creación de los androides en el cuento fue incluso anterior a 2011, y seguramente será complicado también lograr esa perfección dentro de otros diez u otros veinte años. La esposa, por ejemplo, tenía unas manos “blandas y tibias”, las uñas “bien cuidadas”, el cuello “esbelto y terso” y los ojos “inteligentes”. Desde luego la robótica no parece ir por ahí. Hoy se intenta más crear aparatos con prestaciones que les permitan trabajar en situaciones peligrosas, como desactivar explosivos, por ejemplo, que seres con apariencia real. Los inventos actuales han jugado un papel decisivo en tareas militares en Afganistán e Irak, han inspeccionado en el lecho marino el vertido de BP en el Golfo de México y trabajaron en las Torres Gemelas tras el 11-S. Son útiles, sin duda, pero todavía les falta mucho para sonreír. Y mucho más para causar la sensación de que tienen derecho a la vida, de que matarlos sería un asesinato, que es lo que siente otro de los personajes de las *Crónicas* cuando se dispone a hacerlo. Si la juventud es el grado máximo de vida, crearla artificialmente supondrá el grado máximo de complejidad. Aunque solo sea en una apariencia aproximada.

Otro tipo de juventud, no aplicada la humanidad, es la que nos ofrecen los últimos descubrimientos científicos que permiten trazar el mapa del universo de hace once mil millones de años. Ese viaje al pasado escalofriante lo es menos si pensamos que lo verdaderamente extraño sería cartografiar el presente de las galaxias que se encuentran a once mil millones de años luz. ¿Sería posible dibujar un mapa del futuro invirtiendo el proceso? Quizá; la inversión, después de todo, es igual de inverosímil. Pero lo que nos llega de ese universo joven –es curioso el consenso actual prácticamente unánime que hay en torno a la edad del mundo: 13.700 millones de años– es que había abundancia de una misteriosa energía oscura, elemento que constituye el descubrimiento cosmológico más inesperado y desafiante de los últimos veinte años. Las observaciones permiten asimismo medir la velocidad a la que se expandía el universo en esa época. Vista la distancia de la que procede esa luz, lo recorrido en el viaje más largo de la humanidad hasta el momento, el del proyecto *Voyager*, de 17.000 millones de kilómetros, parece un juego de niños.

Pero el universo en sus comienzos no era solo joven, era además tenebroso. La galaxia más lejana que se conoce se encuentra a 13.200 millones de años luz de distancia y procede de un tiempo cercano al *Big bang*. Fue intuida por el telescopio Hubble de la NASA en 2009 y estudiada por el Observatorio de París un año después, según publicó en octubre de 2011 la revista *Nature*. Pero lo asombroso no es solo su distancia, ni su edad, próxima al origen de todo. Lo que sorprende más es la personificación de un universo al que se le otorga carácter, y que este sea el propio de un adolescente (7). ¿Cómo será el nuestro ahora? ¿Viejo y luminoso? Al seguir leyendo la noticia de *Público*, que recoge lo publicado en la revista científica, se descubre que, efectivamente, nuestro universo ahora es una inmensidad brillante. Un *Abc* de ese mismo mes añade algún rasgo más a la biografía: era “más pequeño y menos concurrido”. Además, tiene un pasado oculto, el de la “edad oscura”, de la que “se sabe muy poco”. Sin duda el pasado, llevado a estos extremos, es tanto o más apasionante que el futuro. Lo que ocurrió hace trece mil millones de años lo vemos hoy. ¿Es eso volver al pasado? Quizá. De todas formas lo absolutamente

(7) Gide (2013: 235) asocia a su juventud “la melancolía; aún no había entendido la superior belleza de la felicidad”.

fascinante es imaginarse el proceso contrario. ¿Cómo sería el viaje en sentido contrario? ¿Sería hacia el futuro? Quizá no. Hay que tener en cuenta que el viaje de la luz que partió de esa galaxia, desde el pasado al presente, ya fue hacia el futuro. Y la que estemos emitiendo ahora, la que esté emitiendo nuestro Sol, se está escapando, más rápida que el tiempo, también hacia el futuro. No cabe duda de que la ciencia nos puede abrir nuevas perspectivas de una juventud en abstracto, que lo mismo se puede aplicar al universo como a la población de la Tierra en su conjunto. La vieja aspiración de la eterna juventud puede que carezca de atractivo si nos basamos en algunos de los efectos que puede traer consigo la inmortalidad vista desde la ciencia. Frank Drake, investigador del SETI (Instituto de Búsqueda de Inteligencia Avanzada, según sus siglas en inglés) es tajante en este sentido:

“Sí, todos querríamos ser inmortales. La Tierra sería muy aburrida, hablando con la misma gente todo el tiempo, todos viejos, todos habríamos visitado todos los países. Y habría que limitar el crecimiento de la población. No podríamos tener hijos. Solo permitiríamos el nacimiento de niños para reemplazar a los viejos que van muriendo en accidentes. Todo el mundo tendría tanto miedo a morir que la velocidad permitida en carretera sería de tres kilómetros por hora. El mundo sería aburridísimo.”

La eterna juventud, hoy por hoy, parece ser solo patrimonio de un pequeño animal marino. Si el futuro tiene algo de espiritual, en el sentido de intangible, el océano tiene algo de eterno, como lo demuestra en la Tierra una medusa que no muere nunca y que se está extendiendo de forma lenta, invisible y silenciosa por todos los mares. El hidrozoo, de apenas medio centímetro de longitud, recibe el nombre científico de *Turritopsis nutricula*, y posee la extraña capacidad de rejuvenecer una vez que llega al estado adulto en un ciclo que es potencialmente infinito. El océano, como origen de la vida, como magma primigenio, puede que haya descubierto ya el secreto de esa inmortalidad que los científicos no quieren para nosotros. En cualquier caso, como curiosidad, esa pequeña medusa es el único ser que posee el secreto de volver a la juventud una vez superada esta, lo que parece más inconcebible aún que la incapacidad para envejecer, sea por vía quirúrgica o robótica (8). Puede que lo más avanzado sea entonces lo más primitivo y que el proceso que nos lleva de la juventud a la vejez no sea irreversible, o sea cíclico, con lo cual cobraría sentido el saber ancestral de la juventud y la máxima socrática de que aprender es recordar. ¡Quién sabe! Puestos a encontrar sentidos paradójicos al proceso de envejecimiento parece apropiado recordar que quien tiene más vida por delante, quien tiene más por soñar, la juventud, es también quien con más vehemencia ha negado el futuro de forma reciente. Si más vida significa también más riesgo, el grado supremo en esta gradación lo encarnarían las proclamas anarco-nihilistas como el “no future” del punk. La exaltación de la vida, quizá, como canto de todas sus manifestaciones, deba incluir incluso su negación. El concepto de juventud como exaltación del presente, por tanto, quizá deba incluir también la negación del futuro, porque solo quien está en disposición de vivirlo de forma absoluta puede asumir también esa negación.

(8)

Ese secreto no es ajeno a la literatura, ni siquiera en el caso del diario. El propio Gide (2013: 231), a quien volvemos pues lo estamos leyendo mientras repasamos estas líneas, dice de Fabrice, un personaje suyo que resulta ser él mismo, “que se siente a los cuarenta y ocho años infinitamente más joven que a los veinte. Goza de esa rara facultad de empezar de nuevo en cada encrucijada de su vida”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARGULLOL, Rafael: *Enciclopedia del crepúsculo*, Barcelona, Acantilado, 2005.
- BERGERAC, Cyrano de: *Viaje a la Luna*, Madrid, Anaya, 1991.
- BOYE, Karin: *Kalloscaína*, Gallo Nero, Barcelona, Gallo Nero, 2012.
- CICERÓN, Marco Tulio: *Sobre la adivinación. Sobre el destino*. *Timeo*, Introducciones, traducción y notas de Ángel Escobar, Madrid, Gredos, 1999.

- **CONDIE, Ally:** *Juntos*, Barcelona, Montena, 2011.
 - **DUNNE, JW:** *Un experimento con el tiempo*, Barcelona, Planeta, 2008.
 - **GIDE, André:** *Diario*, Barcelona, Alba, 2013.
 - **HESÍODO:** *Teogonía. Trabajos y días. Escudo. Certamen*. Introducción, traducción y notas de Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díez, Madrid, Gredos, 2010.
 - **HUXLEY, Aldous:** *Un mundo feliz*, traducción de Ramón Hernández, Barcelona, Debolsillo, 2010.
 - **PANIAGUA, Pedro:** *Breve historia del futuro*, México D.F., Taurus, 2012.
 - **POE, Edgar Allan:** *Narración de Arthur Gordon Pym*, Prólogo y traducción de Julio Cortázar, Madrid, Alianza, 2008.
- SAMÓSATA, Luciano de:** *Relatos fantásticos*, Introducción de Carlos García Gual, Madrid, Alianza, 2008.